

EDITORIAL

FESTIVALES DE MUSICA AMERICANA

A las valiosas iniciativas promovidas por Venezuela, en los dos Festivales realizados en 1955 y 1957, por Uruguay a través del SODRE en el Festival Latinoamericano celebrado en septiembre del año pasado y a la del Centro Interamericano de Música (CIDEM), patrocinador del que se llevó a efecto en Washington, en abril de este año, se ha agregado recientemente la del Festival de Música Contemporánea Americana, que bajo los altos auspicios de la Asociación de Conciertos de Cámara de Buenos Aires se ha desarrollado en esta ciudad durante las últimas semanas.

Cada uno de éstos ha tenido una modalidad especial en su organización, pero todos concurren ideológicamente en un anhelo común y de alto significado artístico; el de estrechar contactos entre los compositores de América y proyectar su obra más allá de los límites nacionales de cada país. Unos han confinado su esfera de acción a los países de la América Latina, como el de Montevideo, el cual se desarrolló en una serie de conciertos que comprendían solamente obras de las repúblicas situadas al sur de Río Grande, agregando un concurso limitado a compositores de estas mismas.

Otros, como los de Washington y Buenos Aires, ampliaron su esfera de acción al total de las Américas. Mientras en el primero de éstos no existió un concurso paralelo sino que encargos previos de obras especialmente escritas para el Festival, las que se estrenaron durante su desarrollo alternándose con otras no necesariamente compuestas para la ocasión, en el segundo se ofrecieron premios a cuartetos de cuerdas y cantatas de cámaras de las dos Américas en su total extensión.

En este aspecto, el Festival de Caracas prescribió un sistema que podría llamarse mixto, con un concurso limitado a compositores de América Latina y un Festival que comprendió programas con creaciones de nuestros países y uno totalmente dedicado a obras de la producción sinfónica de los Estados Unidos de Norteamérica.

En lo que se refiere a los concursos mismos de los Festivales, que los han tenido paralelamente, han existido mecanismos diversos. El de Montevideo operó sobre la base de un Jurado de selección que escogió previamente un cierto número de obras, las que en seguida fueron escuchadas durante los programas del Festival, en conciertos especiales, por un segundo Jurado que otorgó los premios.

En cambio, en Caracas y Buenos Aires, los concursos se realizaron por medio del estudio directo por parte del Jurado, de aquellas partituras sometidas al concurso, y los premios fueron discernidos y anunciados antes de la presentación en público de las composiciones agraciadas.

Como puede apreciarse, se han aplicado sistemas diferentes en la mecánica misma de los concursos, los programas se han limitado a la producción de Latinoamérica o se ha ampliado ésta a la de Estados Unidos y Canadá, incluso se ha reemplazado el concurso por encargos previos de obras, experiencias que sin duda dejarán un saldo de conclusiones valiosas para el futuro perfeccionamiento de estas justas.

Sin embargo, todas las iniciativas mencionadas han expresado la iniciación de una etapa fundamental en la vida artística de América, que antes que en otros aspectos debe valorizarse porque se refiere al de la repercusión que estos Festivales han tenido en la vida corriente de conciertos de cada uno de nuestros países. Las obras presentadas en sus programas y premiadas en sus concursos, han comenzado a incorporarse al repertorio de nuestras orquestas y conjuntos de cámara, y a difundirse en grabaciones magnetofónicas a través de la radio. Esto se debe no sólo al contacto humano entre los compositores que han estado representados en estos Festivales, los que en general han sido invitados a escuchar o dirigir sus propias creaciones, sino a la preocupación internacional que alrededor de las obras exhibidas se ha generado, gracias a la presencia de críticos y periodistas especialmente invitados a estas justas.

En la programación de las Temporadas Sinfónicas y de Cámara y en los recitales auspiciados por el Instituto de Extensión Musical este año en Chile, vimos figurar un grupo de composiciones latinoamericanas fundamentalmente iniciadas a la vida de conciertos en alguno de los mencionados Festivales, como la Pampeana N° 3 de Ginastera, la Sinfonía para cuerdas de Tosar (Caracas), la Suite Sinfónica de Iturriaga, los Nocturnos para voz y piano de Tuxen-Bang y el Cuarteto N° 2 de Guarneri (Montevideo), además de muchas otras, hasta un total de dieciocho composiciones; nueve chilenas, dos argentinas, dos brasileñas, una uruguaya, una peruana y una venezolana.



El Jurado del Festival: Roberto García Morillo, Juan Orrego Salas, Alberto Ginastera y Camargo Guarnieri

El desarrollo del último Festival de Caracas fue comentado, concierto por concierto, en el New York Times y en otros importantes diarios de América, por sus críticos especializados. Los nombres de los compositores que en éstos figuraron y los juicios fundamentados que sobre sus obras se emitieron, circularon por nuestros países y por los del Viejo Continente, cuyas revistas de música reprodujeron resúmenes de muchos de estos comentarios de prensa. Caso similar sucedió en Montevideo y en Washington, donde además se filmó un corto cinematográfico con una selección de las composiciones sinfónicas, de cámara y corales presentadas durante el Festival.

Por de pronto, los países patrocinantes, trascendieron con brillo a la publicidad exterior, por cuanto sus agrupaciones sinfónicas, solistas, conjuntos de cámara e instituciones, fueron destacadas en asociación con las obras que presentaron. He aquí un aspecto al que nosotros, hasta el momento, no nos hemos abocado. Debemos considerar la tarea de organizar un Festival de esta especie, siendo tal vez uno de los países de América que cuenta con las mayores facilidades para hacerlo en forma brillante debido a la filiación universitaria de nuestra vida musical, condición que la libera de los pie forzados comerciales, que, rara vez, coinciden con aspiraciones de esta índole.

¿No sería tal vez la oportunidad para anunciar un Primer Festival Interamericano en Chile, la conmemoración de los treinta años de incorporación de la vida musical a la Universidad de Chile, que debería celebrarse en noviembre de 1959?

Es claro que hay que considerar que los fondos corrientes con que cuenta el presupuesto universitario para el mantenimiento de nuestra actividad musical, no darían cabida a las sumas que se requieren para la organización de un Festival de esta especie. Sin embargo, el suplemento económico que para ello se necesitaría, resulta increíblemente menor que lo que han comprometido otros países en el montaje de los Festivales ya realizados, por cuanto nosotros contamos con nuestros conjuntos estables, como la Orquesta Sinfónica, el Coro Universitario, el Cuerpo de Ballet y las agrupaciones instrumentales de cámara, que están permanentemente al servicio de las actividades que el Instituto determine en su plan de acción.

Es posible que con cantidades similares a las que el Gobierno otorga en nuestro país para la celebración de congresos profesionales de toda índole, Chile pudiese figurar con orgullo en la ya vasta lista de repúblicas hermanas que en un momento dado han abierto generosamente sus puer-

tas a los compositores e intérpretes de América, abriendo las suyas para dar y recibir los beneficios ya probados de este tipo de iniciativas.

La mayoría de edad que nuestra vida cultural ha demostrado en tantos aspectos, requiere ser expuesta al exterior de esta manera y antes de que otros países que cuentan con medios artísticos más precarios nos ganen la delantera.

Por otra parte, propiciamos con ello, la realización de una experiencia que desde hace muchos años los países del Viejo Continente han apoyado con entusiasmo. Los nombres de Salzburgo, Venecia, Verona, Bayreuth, Prades, Edinburgo, Suffolk y otros tantos, se recuerdan hoy en el mundo de la cultura musical debido a los Festivales que allí se realizan año a año.

El de Caracas, a través de dos Festivales realizados y del tercero que ya se anuncia para 1960, hoy se asocia al de un centro donde la expresión musical de América encuentra cada dos años un medio eficaz para proyectarse al exterior, así como el del Centro Interamericano de Música de Washington, el del SOBRE de Montevideo y el de la Asociación de Conciertos de Cámara de Buenos Aires, aparecen unidos a obras que, gracias al apoyo que han recibido en los Festivales por ellos organizados, hoy circulan por el mundo ostentando un sello de prestigio que, como miembros de la comunidad americana, debe enorgullecernos.

Son, en cierto sentido, estos Festivales, fuentes de selección y bases de exhibición, donde el público concurrente, la crítica y los técnicos, en labor conjunta entregan a la vida de conciertos de los centros más connotados de América y Europa, ejemplos ya enjuiciados de la producción musical de América. Además, constituyen bases certeras destinadas a despertar la consideración de Europa por nuestros intérpretes, creadores e instituciones musicales. No es descabellado pensar que la gira que actualmente realiza la Orquesta Nacional de México por Europa, haya recibido un impulso definitivo a raíz de sus actuaciones en el Festival de Washington, como la que proyecta realizar la del SOBRE de Montevideo, se deba también a su brillante actuación en el Festival realizado hace un año en esta ciudad.

J. O. S.